

de los condenados no serán eternas; y que los mismos demonios se convertirán un día para volver á la gracia de Dios; en fin, que la carne no resucitará, sino que las almas conservarán solamente un cuerpo celestial y luminoso, el mismo de que estaban revestidas antes de bajar á la tierra. Este ilustre doctor no dejaba de tener muchos partidarios que ensalzaban sus escritos con entusiasmo, y que para defenderle, sostenían, ó que no se entendía su doctrina, ó que los errores que se imputaban á aquel, habían sido ingeridos por los hereges en sus obras. Aunque esta última asercion no dejase de tener cierta verosimilitud, como no servia para justificar los escritos sino la persona de Orígenes, tampoco podia disculpar á los que afectaban ponderarlos ó divulgarlos, y su admiracion hacia que se sospechase que admitian los errores contenidos en los escritos de Orígenes.

Uno de los mas expuestos á estas sospechas, fue Rufino, de Aquileya. Habia abrazado la vida monástica y unidos en estrecha amistad con San Gerónimo. Pasó al Egipto hacia el año 372, para visitar los monasterios de aquel pais, y oyó algun tiempo las lecciones del célebre Didimo. Acompañó despues á Santa Melania á Jerusalem, donde vivió veintinueve años en el monasterio edificado por esta ilustre virgen. Tradujo al latin las obras de varios autores griegos, y entre otros, parte de las homilias y comentarios de Orígenes sobre la Escritura Santa. La estimacion que manifestaba á este autor, hizo que San Epifanio le acusara de que adoptaba sus errores, lo mismo que á Juan, de Jerusalem, cuyo partido abrazó Rufino en las disputas de que hemos hablado anteriormente. Esta circunstancia le indispuso tambien con San Gerónimo; pero despues se reconciliaron, y su amistad duraba aún cuando Rufino salió de Palestina para volver á Roma con Santa Melania, á principios del año 397.

De allí á poco tiempo, publicó Rufino una traduccion latina de la apologia de Orígenes, atribuida al mártir San Pánfilo, añadiendo una carta para demostrar que los escritos de Orígenes habían sido alterados y corrompidos por los hereges. A esta apologia siguió inmediatamente la traduccion del libro de los Principios con un prólogo, en que ponderando con alguna afectacion los elogios tributados por San Gerónimo á Orígenes, parecia que los presentaba como una aprobacion de la doctrina de este autor. Rufino se retiró despues á Aquileya con una carta de comunion del Papa Siricio, que no desconfiaba de un escritor célebre tanto tiempo habia, por su union con muchos ilustres y santos personajes. Sin embargo, los errores de Orígenes no tardaron en propagarse en Roma, donde hallaron algunos secuaces aun entre los clérigos y monges. Entonces fué cuando los amigos de San Gerónimo denunciaron á Rufino ante el Papa Anastasio; y Pammaquio escribió al santo doctor para rogarle que destruyese con una desaprobacion pública las

insinuaciones, cuya tendencia era presentarle como aprobador de un libro atestado de errores perniciosos. San Gerónimo respondió en una carta, en que justificándose de las alabanzas que habia dado á Orígenes, declara que alabó su talento, su erudicion, y la pureza de sus costumbres; pero no su doctrina; que se valió de sus escritos, como se vale cualquiera de los de Tertuliano, de Apolinario y de Eusebio, de Cesarea; que si puede ser disculpado Orígenes respecto á su intencion, no por eso sus doctrinas dejan de ser contrarias á las Santas Escrituras, y que no es lícito proclamarle, como un apóstol que no se equivocó en nada. En cuanto á la apologia publicada con el nombre de San Pánfilo, sostiene San Gerónimo que no es de él sino de Eusebio. Al mismo tiempo escribió á Rufino una carta muy moderada, quejándose de que habia hecho recaer sobre él la nota de origenismo, y suplicándole que en adelante no procediese con él de esta manera. Ultimamente, envió á Pammaquio una traduccion fiel y completa del libro de los Principios, para darle á conocer mejor la doctrina y los errores de Orígenes; porque Rufino habia suprimido en la suya los que versaban contra la Trinidad, que hubieran escandalizado muchísimo en Occidente; pero dejó correr los otros tocante á la preexistencia de las almas, la salvacion de los condenados y de los demonios, la perpetua sucesion de los mundos, y el restablecimiento final de todas las cosas. Pammaquio no envió á Rufino la carta que iba dirigida para él, y éste, ofendido vivamente de la traduccion de San Gerónimo, escribió contra el santo doctor dos libros, que contenian cargos, acusaciones y criticas, á las que respondió San Gerónimo con otros tres libros apologeticos, en que censura á Rufino con mucha vehemencia. Esta disputa duró largo tiempo y metió mucho ruido, especialmente en Roma, donde ambos adversarios contaban con gran número de secuaces.

Entre tanto, el Papa Anastasio habia citado muchas veces á Rufino para que compareciese á su presencia, á fin de justificarse de las sospechas que infundia su traduccion de un libro lleno de errores contra la fé. En vez de marchar á Roma, se contentó Rufino con enviar al Papa una apologia en que hacia una profesion de fé bastante conforme con la doctrina católica sobre la Trinidad, la Encarnacion, la resurreccion de la carne y la eternidad de las penas; añadiendo, que si bien habia traducido á Orígenes, ni aprobaba sus errores, ni tendria jamas otra fé que la de la Iglesia romana. A pesar de esta apologia, no dejó el Papa Anastasio de condenarle hacia el año de 400, ó á lo menos censurarle severamente; porque, en efecto, aquella era insuficiente para justificar una traduccion evidentemente perniciosa. Al propio tiempo prohibió la lectura de los escritos de Orígenes, que tambien fueron condenados por Venerio, de Milan, por Cromacio, de Aquileya, y por otros obispos del Occidente (1).

(1) Hieron. Apot. contr. Ruf.

Sin embargo, no parece que Rufino fuese excomulgado por el Papa, como algunos autores lo han supuesto. Había sido ordenado de presbítero por Juan, obispo de Jersalen, y conservó esta categoría en Aquileya, donde permaneció hasta el año de 407. Volvió entonces á Roma, y al año siguiente viéndose amenazada por los godos, se retiró á Sicilia, donde murió en el de 410. Se conservan de él unas traducciones latinas de varios autores griegos, y entre otras las obras del historiador Jaseo, de la historia eclesiástica de Eusebio, de varios tratados de Orígenes, de San Basilio y de San Gregorio Nazianzeno. Son estas traducciones muy elegantes; pero cotejándolas con los originales, se advierte que se tomó mucha libertad. A la historia eclesiástica de Eusebio añadió dos libros para continuarla hasta la muerte de Teodosio. También nos dejó además de su apología y escritos contra San Jerónimo, unos comentarios sobre las bendiciones del patriarca Jacob, sobre los profetas Oseas, Joel y Amos, y una explicación del símbolo que siempre ha sido muy estimada. En general sus obras están escritas con mucha pureza y elegancia.

En Oriente, Teófilo, de Alejandria, emprendió con gran calor la condenación del origenismo. Mucho tardó en resolverse á ello, aunque le estrechaban San Epifanio y San Jerónimo; pero le obligaron á declararse ciertas disputas que se suscitaron en los monasterios de Egipto. Una porción de monges sencillos y groseros, tomando á la letra algunos pasajes alegóricos de la Escritura, atribuían á Dios cuerpo y figura humana; por lo que se les dió el nombre de antropomorfitas; y como Orígenes, cuyos principios estaban por otra parte muy desacreditados, había llevado á veces hasta el extremo su afición á las alegorías, estos monges ignorantes trataban de origenistas á todos los que procuraban desengañarlos. Instruido Teófilo de este error grosero, le combató en una de sus cartas pascuales, donde se dedicó á demostrar que Dios es absolutamente incorpóreo. Circulada esta carta, como era costumbre, á los monasterios, escandalizó extraordinariamente á la mayor parte de los monges, que acusaban de herejía á Teófilo, y querían separarse de su comunión. Entre los presbíteros que gobernaban los monasterios de Seete, solo el abad Pafnucio admitió la carta; los de las otras tres Iglesias ni siquiera permitieron que se leyese en sus asambleas. Un anciano de gran virtud, llamado Serapion, salió de su error, porque le desengañó un diácono de Capadocia, que le hizo ver que aquel no era menos ortodoxo á la Escritura que á la tradición de todas las Iglesias; pero habiéndose prosternado para dar gracias á Dios junto con el abad Pafnucio y los otros hermanos, echó á llorar exclamando: «Por qué me han quitado á mi Dios? Ahora no sé á quién adoro (1).»

(1) Cass. Coll. X.—Soer. lib. VI.—Sozom. VIII.

La mayoría de los monges no estubo tan dócil. Abandonaron su soledad y acudieron en tropas á Alejandria, tratando públicamente de impio al obispo, y profiriendo contra él las mas violentas amenazas. Apaciguólos Teófilo con algunas palabras equívocas y prometiéndoles condenar los escritos de Orígenes. Con efecto, el año de 399, convocó un concilio, en que se mandó que cualquiera que aprobase las obras de Orígenes, sería excomulgado; y esta decisión se notificó en una carta sinodal á todos los obispos. En los siguientes años, Teófilo combatió tambien el origenismo en las cartas pasenales que enviaba á todas las Iglesias de Oriente, segun el reglamento del concilio de Nicea, para informarlos del dia en que debía celebrarse la Pascua. Tenemos tres cartas de estas, traducidas por San Jerónimo. En la tercera se ve que durante la cuaresma estaba prohibido el uso del vino, así como el de la carne. En estas cartas censura Teófilo con mucha vehemencia los errores de Orígenes; y se le puede tachar de haber sacado de los principios de este autor consecuencias forzadas, ó de haber tomado muy á la letra ciertas expresiones que admiten una interpretación favorable.

El deseo de satisfacer particulares animosidades era el que excitaba sobre todo este celo apasionado de Teófilo. Al frente del hospital de Alejandria estaba entonces San Isidoro, antiguo monge de Nitria, de edad de ochenta años y ordenado sacerdote por San Atanasio. Una señora viuda y noble le envió un dia mil sueldos de oro, y exigió con juramento que compraria con ellos vestidos para las mugeres pobres de la ciudad, sin decir nada á Teófilo, no fuera que éste emplease aquella suma en obras por lo comun inútiles, á las que era muy aficionado. Cumplió Isidoro las intenciones de dicha señora; pero no pudo ocultarlo á los espías del obispo, y preguntado por éste confesó la verdad. Disimuló Teófilo su resentimiento; luego reunió á su clero, y presentó una memoria contra San Isidoro, que decía haber recibido diez y ocho años antes, en la que se le imputaba un crimen infame. Como parecia desde luego sospechosa esta acusacion tan rancia, se proporcionó testigos á fuerza de dinero, condenó á Isidoro, y le echó de la iglesia con el vago pretexto de un delito que la decencia no permitia explicar. Temiendo San Isidoro por su vida, se retiró entre los monges de Nitria.

Desgraciadamente algunos de estos eran sospechosos de origenismo en razon de su celo por la defensa de Orígenes, aunque segun las apariencias no estuviesen apegados á sus errores porque al mismo tiempo que ensalzaban el mérito y utilidad de sus escritos, no dejaban de afirmar que los hereges los habian alterado. Irritado Teófilo de que hubiesen admitido al presbítero Isidoro, escribió á los obispos comarcanos para que echasen de la montaña y del desierto de Nitria á los mas nombrados solitarios y particularmente á los prelados de los monasterios. Fueron estos monges á la ciudad de Alejandria para averiguar el motivo de su condenacion. Ha-

Hábanse entre ellos los cuatro que comunmente se designaban con el nombre de hermanos grandes, á causa de su extraordinaria estatura, y se llamaba Dióscoro, Ammonio, Eusebio y Eutimio. Dióscoro habia sido nombrado obispo de una ciudad inmediata. Cuando se presentaron á Teófilo, éste se arrebató, los llamó herejes, y les mandó anatematizar á Orígenes; y sin miramiento á la venerable edad de Ammonio, le tiró á la cara su palio y le dió de bofetadas, hasta hacerle arrojir sangre por las narices. Volvieron los monges á sus soledades, pero Teófilo juntó contra ellos un concilio de los obispos limitrofes, y sin citacion de los monges acusados excomulgó á tres de los principales, entre los que se nombra á Dióscoro y Ammonio. Despues llamó á cinco monges forasteros del mismo desierto, y de ellos consagró á uno obispo, á otro le ordenó de presbitero y á los otros tres de diácones; y haciéndoles firmar unas memorias contra los solitarios condenados, que él habia compuesto, escribió otra en su propio nombre y las presentó todas al prefecto de Egipto, pidiendo que los tres monges excomulgados fuesen expulsados de la provincia. El prefecto le dió la orden y tropa, á cuya cabeza sorprendió Teófilo de noche los monasterios de Nitíia, los entregó al saqueo, hizo arrancar á Dióscoro de su Iglesia, y no hallando á los otros tres hermanos Ammonio, Eusebio y Eutimio, que se habian escondido en un pozo cubierto con una estera, quemó sus celdas, ni en ellas las Sagradas Escrituras, los santos misterios y á un solitario jóven que no tuvo tiempo de escapar. Los hermanos grandes se refugiaron entonces en Palestina con los sacerdotes y diáconos de la Nitíia y cerca de trescientos monges. Los demas se dispersaron por diversos parages. Escribió Teófilo á los obispos de la Palestina para que no recibiesen á los fugitivos ni en sus Iglesias, ni en otra parte; de modo que despues de haber vagado mucho tiempo sin hallar un refugio, los solitarios tomaron por último el partido de marchar á Constantinopla. (1)

Presentáronse hasta cincuenta á San Juan Crisóstomo, le refirieron las persecuciones que habian sufrido, y le rogaron que escribiese á Teófilo, para que éste les permitiese morar en Egipto. El santo obispo, enternecido hasta el punto de derramar lágrimas, les prometió su mediacion, encomendándoles que no divulgasen el motivo de su viaje; y como hubiese sabido por algunos clérigos de Alejandría que las quejas de aquellos eran demasiado fundadas, les permitió asistir á los oficios divinos; pero sin admitirlos á la comunión de los santos misterios. Despues escribió á Teófilo, conjurándole á que los recibiese; pero ésta diligencia no surtió efecto. Al contrario, Teófilo tomó el partido de enviar á Constantinopla á los cinco monges, que anteriormente habian firmado las memorias contra los hermanos grandes, y les encargó que acusasen por escrito su doctrina.

(1) Sozom. lib. VIII.—Palladi. Vít. *Chrysost. vita* cap. xlii. b. 14. c. 1.

Por su parte, los hermanos grandes, despues de haber condenado los errores que les imputaban, presentaron á San Juan Crisóstomo una querrela en forma, en que exponian las violencias de Teófilo, y le acusaban ademas de otros muchos delitos. No habiendo podido el Crisóstomo determinarlos á desistirse, informó al obispo de Alejandría, que le contestó con altanería: «Sin duda no ignorais que los cánones del concilio de Nicea prohiben á un obispo intervenir en los asuntos que no son de su competencia; pero si lo ignorais, aprendedlo, y no recibais instancia alguna contra mí, porque si yo he de ser juzgado, los egipcios me juzgarán y no vos, que os hallais á setenta y cinco jornadas de distancia.» Recibida esta respuesta, exhortó San Juan Crisóstomo á las dos partes á la paz, y no se mezcló mas en sus contiendas. Entonces los hermanos grandes se dirigieron al emperador y presentaron unos memoriales en que acusaban á Teófilo de varios crímenes, y á sus emisarios de calumniadores, pidiendo que éstos fuesen juzgados por los prefectos, y que se obligase á Teófilo á comparecer personalmente ante San Juan Crisóstomo. Esta pretension tuvo completo y feliz resultado.

El emperador envió á un oficial á la ciudad de Alejandría para que atrajese al obispo, y se principiaron á examinar las acusaciones intentadas contra los monges por los agentes que él habia sobornado. Estos no pudieron probar nada, y estaban amenazados con el último suplicio, segun las leyes, como calumniadores, cuando declararon que Teófilo les habia engañado, y que él mismo habia dictado su exposicion. Pusiéronlos en prision hasta que llegase el obispo de Alejandría. Algunos murieron en ella, y otros solo fueron desterrados mediante el dinero que aquel repartió. Entre tanto Teófilo, para fortalecer su partido, habia tenido cuidado de prevenir en contra de los hermanos grandes, á San Epifanio y San Gerónimo, cuyo celo contra el origenismo le era notorio. Sobre todo, habia exhortado al primero á que renunciase á los obispos de Chipre para condenar los escritos de Orígenes, recomendándole, ademas, que enviase cartas sinodales á San Juan Crisóstomo y á los obispos del Asia menor, á fin de persuadirlos á que hicieran lo mismo. San Epifanio convocó á toda prisa un concilio, y escribió á San Juan Crisóstomo: á poco se trasladó á Constantinopla, y reuniendo á los obispos que allí habia, hizo los mayores esfuerzos para que aprobasen las actas del concilio de Chipre contra los escritos de Orígenes; pero los mas se negaron á suscribirlos. Era tal su prevencion contra San Juan Crisóstomo, que no quiso admitir el hospedage que le ofreció en su palacio, ni aun comunicar con él, hasta que condensase los referidos escritos, y echara á los hermanos grandes. Como el santo patriarca le respondiese que nada se debia hacer precipitadamente, y que se debia oír á los acusados, San Epifanio, viendo que no conseguia sus designios, tomó una resolucion extrema, que le inspiraron los enemigos del Crisóstomo,

y que podía causar funestas consecuencias. Persuadiéronle que se presentase en la iglesia cuando todo el pueblo se hallara reunido, y que condenara públicamente los libros de Orígenes, á los hermanos grandes y á los monges de su partido, como origenistas; y al patriarca de Constantinopla como fautor de ellos. Ya estaba en camino cuando San Juan Crisóstomo le hizo presente por medio de un diácono, que semejante paso era contrario á las leyes eclesiásticas, y podría, además excitar en el pueblo una sedición que le pondría en peligro sin darle derecho de quejarse, supuesto que le pondría la causa. Detúvose esta reflexión; pero no cedió de sus preocupaciones.

Habiendo caído enfermo el príncipe Teodosio, la emperatriz Eudoxia le encomendó á las oraciones de San Epifanio, cuyas virtudes no dejaban de admirarse, á pesar de algun exceso de celo. Prometió el santo que viviría el jóven, siempre que la emperatriz abandonase la protección de los hermanos grandes y otros defensores de Orígenes. No quiso aquella consentir, y respondió así: "Si Dios quiere llevarse á mi hijo, dueño es de hacerlo: en cuanto á vos, me guardaré muy bien en adelante de creer que podáis hacer milagros." Con todo, aconsejó á los monges perseguidos que tuviesen una conferencia con San Epifanio. Fueron, pues, á buscarle, y le preguntaron con qué fundamento los condenaba por hereges, y si había oído hablar á algunos discípulos suyos, ó leído sus escritos. El santo obispo les respondió que no; pero que juzgaba de sus opiniones por los informes que tenía. "Pues nosotros obramos de otro modo con respecto á vos, repuso Ammonio: hemos leído muchas veces vuestras obras, y cuando varias personas las criticaban ó tachaban de heréticas, hemos tomado vuestra defensa (1)."

Esta conferencia aplacó mucho á San Epifanio. De allí á poco tiempo marchó de Constantinopla, ya porque se arrepintiese de haberse mezclado en este asunto, ya porque hubiese tenido revelación de su próxima muerte; pues se cuenta que al tiempo de embarcarse, dijo á los obispos que le acompañaban hasta la playa: "Os dejo la ciudad, el palacio y todo ese gran teatro: yo me marchó y llevo mucha prisa." Con efecto, en la travesía murió el año 402 ó 403, á los treinta y seis de episcopado. Además del Ancre y del gran Tratado de las heregias, nos quedan de San Epifanio un compendio de esta última obra, un tratado de los pesos y medidas, en la que se halla la historia de las versiones griegas de la Biblia, con muy eruditos pormenores sobre los pesos, medidas y monedas de los judíos y de las otras naciones; un tratado sobre las doce piedras preciosas que adornaban el vestido del sumo sacerdote de los judíos; en fin, una obra con el título de *Fisiología*, que contiene reflexiones místicas y morales sobre las propiedades de algunos animales. También se le atribuyen varios sermones, y un tratado sobre los

(1) Soc. lib. VI.—Sozom. VIII.—Pallad. *Vit. Chrysostom.*

misterios de los números. El estilo de San Epifanio es generalmente muy descuidado, su crítica no siempre segura: tenía mucha erudición; pero la rectitud y candor de su carácter, le hacían naturalmente crédulo, y con muchísima facilidad daba crédito á los documentos que caían en sus manos: de aquí procede que á veces se contradice ó que se equivoca en varios puntos bastante importantes de la historia. No obstante, sus obras no dejan de ser muy preciosas. El tratado de las heregias contiene una multitud de documentos para la historia de la Iglesia, durante los primeros siglos; y asimismo muchos fragmentos de autores antiguos, cuyas obras no han llegado á nuestras manos.

Por fin llegó á Constantinopla Teófilo, de Alejandría, en virtud de la orden del emperador; mas aunque había sido citado él solo, se presentó acompañado de unos treinta obispos egipcios, con los que se alojó en una casa fuera de la ciudad, rehusando el hospedaje que San Juan Crisóstomo le ofreció, y no queriendo ni aun verle, ni hablarle, ni darle la menor señal de comunión. En vano le instó el santo patriarca para que asistiese á las asambleas de la iglesia, ó le manifestase siquiera los motivos de aquella guerra inesperada que escandalizaba al pueblo. No se dignó Teófilo de responder: en vez de pensar en defenderse de las prevaricaciones que le imputaban, resolvió hostilizar á Crisóstomo en su propia Iglesia; y conociendo la debilidad y corrupción del gobierno, no dudó que con el auxilio de los enemigos del santo obispo y del dinero que distribuyese á su tiempo, lograría al cabo deponerle. Primeramente se unió con Severiano, de Gabala, de quien hemos hablado antes, y con Antiocho, de Tolesaida, que se había enriquecido predicando en Constantinopla, y que envidiaba la reputación de San Juan Crisóstomo, y en fin, con Acacio, obispo de Berea, descontento con el santo patriarca, de quien le pareció que no había sido recibido con bastante distinción. Los obispos de Asia, depuestos por San Juan Crisóstomo, y un monge sirio llamado Isaac, cuya intriga y vagancia había vituperado severamente el santo prelado, aprovecharon con ansia esta ocasión de vengarse, auxiliando los proyectos de Teófilo. Este atrajo á su conspiración á todos los eclesiásticos relacionados, y entre otros á dos presbíteros y cinco diáconos, á algunos corintiosanos siempre dispuestos á la corrupción, y á tres viudas nobles y ricas, que no perdonaban al santo obispo las punzantes amonestaciones que les grangeaba el contraste ridículo de sus afectados adornos con las arrugas de la vejez. Supúnesse también que la emperatriz Eudoxia estaba irritada con San Juan Crisóstomo, á causa de un vehemente discurso que pronunció contra los vicios de las mujeres en general; pero del cual aplicó el pueblo varios pasajes á aquella princesa. De todas estas circunstancias se aprovechó Teófilo: repartió dinero con profusión; daba mesa franca á todos los descontentos; halagaba á los clérigos ambiciosos; los prometía ascen-

so's, y se convirtió en centro de todas las enemistades que el celoso ardiente de San Juan Crisóstomo había suscitado.

Entre tanto, los monjes arrojados del Egipto, pedían con instancias que se les hiciese justicia, y el emperador había mandado á San Juan Crisóstomo que examinase su causa; y procediese jurídicamente contra Teófilo, porque le acusaban de violencias, de homicidios y otros muchos delitos. Pero el santo obispo no quiso coartar de este asunto por respeto á los cañones, que restringían la autoridad de los metropolitanos á los límites de su provincia. No se detuvo Teófilo por esta regla de disciplina, aun cuando la había invocado anteriormente en su favor. Se valió de dos diáconos que el Crisóstomo había echado de la Iglesia, uno por un homicidio, y otro por crimen de adulterio, y prometiéndoles reponerlos en sus empleos, los determinó á que le presentaran memoriales, que él dictó y atestó de falsedades. Provisto de estos documentos, se concertó con los enemigos de San Juan Crisóstomo, sobre los medios que emplearían para formarle causa, y se decidió que presentasen los acusadores una solicitud al emperador, pidiéndole que se compareciese al patriarca á comparecer con ellos ante un concilio presidido por Teófilo. Gracias al dinero que se repartió á los palaciegos y al resentimiento de la emperatriz, unido á la debilidad de Arcadio, fué oída esta instancia.

Temiendo Teófilo el amor que el pueblo de Constantinopla tenía á San Juan Crisóstomo, escogió para celebrar el conciliábulo el pueblo de Chene, cerca de Calcedonia, cuyo obispo Cirino era enemigo declarado del santo patriarca. Halláronse en aquel treinta y seis obispos, casi todos egipcios, y se hizo comparecer al arcediano de Constantinopla, que arrastró consigo una parte del clero, y quemó sesenta y cinco capítulos de acusación contra San Juan Crisóstomo. Entre otras cosas le imputaba haber ejercido violencias contra algunos clérigos y monjes; haber mandado desterrar ó prender á varios; haber faltado á las consideraciones debidas á Acacio, de Berea, y hablado con desprecio de San Epifanio; haber injuriado á los eclesiásticos y compuesto contra ellos un libelo difamatorio, lo que aludía sin duda al tratado contra las mugeres introducidas secretamente; haber acusado en público á tres diáconos del robo de su palio, ornamento de lana; que según San Isidoro de Pelusio, es el símbolo de la oveja en hombros del buen pastor; haber condenado á un diácono y á un obispo sin pruebas canónicas; disponer á su arbitrio de los bienes y rentas de la Iglesia; despreciar las reglas de la disciplina eclesiástica con respecto á las órdenes, y haber impuesto las manos á personas indignas; revestirse y desnudarse en la iglesia en su trono pontifical, lo que prueba que desde entonces se usaban de vestiduras particulares para la celebración de los santos misterios; vivir y comer solo como los ciegos, para entregarse mas libremente á la glotonería, cuando por el contrario la

debilidad de su estómago apenas podía soportar los alimentos: no bebía vino, muchas veces distraído con el estudio ó los negocios pasaba todo el día hasta la noche sin comer. Verdad es que rara vez tenía gentes á su mesa; pero sus infinitas limosnas justificaban bastante esta conducta: era necesario un ódio tan ciego como encarnizado, para acriminarle de que gastaba en festines las rentas de la Iglesia y el patrimonio de los pobres. En fin, el furor de la calumnia llegó hasta acusarle no solamente de haber recibido mugeres en su habitación despues de despedir al público, sino de mantener comercio ilícito con una; inculpación odiosa cuya falsedad se demostraba hasta la evidencia con la enfermedad que desde su juventud contrajo exponiéndose en la soledad á los frios rigorosos del invierno. Un discurso que San Juan Crisóstomo pronunció por entonces, y que contenía alusiones al ódio que la emperatriz guardaba contra el prelado, suministró nuevos textos para las acusaciones de sus enemigos. Se le achacó que excitaba al pueblo á la sedición, y aun corrieron voces de que sería decapitado.

Sin embargo, cuarenta obispos presentes en Constantinopla, permanecían fieles al partido del santo patriarca. Estaban reunidos con él en el palacio episcopal deplorando el buen suceso de las intrigas de Teófilo y la desercion de una parte del clero, cuando trajeron á San Juan una carta del concilio de Chene citándole para que compareciese ante él. Inmediatamente se nombró una diputacion compuesta de tres obispos y dos presbíteros, para responder al obispo de Alejandría, que aun se conservaba su carta en que recordaba las disposiciones canónicas, que prohiben á un obispo erigirse en juez fuera de los límites de su diócesis: que si quería hollar esta regla de disciplina, debía principiar por comparecer ante ellos á defenderse, supuesto que había memorias contra él, que contenían sesenta artículos de crímenes manifiestos. San Juan Crisóstomo respondió por su parte, que sin prevalese de los cañones estaba pronto á presentarse donde quiera, con tal que se excluyese del número de sus jueces á Teófilo, Acacio, Severiano y Antioco, que se habían declarado públicamente enemigos suyos. A poco tiempo llegó un notario del emperador á notificar una orden al santo obispo para que se presentase ante el concilio de Chene, y fué citado nuevamente por dos sacerdotes de Constantinopla, uno de los cuales era el monge Isaac. Protestó el santo patriarca contra los procedimientos seguidos con menosprecio de sus justas recusaciones, y se quejó además de que era citado por sus clérigos. Los obispos portadores de su respuesta sufrieron los mas indignos tratamientos: al uno le cargaron de las cadenas que tenían preparadas para el Crisóstomo, después le metieron en un barco y le trasportaron á un lugar desconocido. Habiendo hecho el concilio de Chene cuatro citaciones, á que se dió siempre la misma respuesta, pasó adelante y procedió á examinar los capítulos de acusación presentados contra el santo

patriarca. Para salvar las apariencias se oyó á algunos testigos sobre hechos insignificantes; despues se consideraron los otros como suficientemente probados por la resistencia á comparecer, y se le condenó en rebeldia. Notificóse la sentencia al clero de Constantinopla, y el concilio escribió al emperador en estos términos: "No habiendo querido comparecer Juan, acusado de varios crímenes, y reconociéndose culpado, ha sido depuesto de su dignidad segun las leyes; pero como se halle entre los artículos de la acusacion uno de lesa magestad, dejamos á vuestra piedad el cuidado de expulsarle y castigarle por este crimen, porque no nos toca conocer de él." Este supuesto delito consistia en algunas alusiones mas ó menos claras, que al parecer se referian, como ya hemos dicho, á las culpables maquinaciones de la emperatriz. La sentencia del conciliábulo fué ejecutada sin tardanza, no obstante la apelacion de San Juan Crisóstomo. Un conde, con tropa, le echó de la iglesia y le embarcó en un buque que le trasportó al Asia, de noche; pero este destierro no duró mas que un dia.

A la noche siguiente se sintió en Constantinopla un horroroso terremoto que llenó de espanto á la ciudad, y sobre todo á los habitantes de palacio, donde se conmovió la cámara del emperador. Azorada Eudoxia, pidió y obtuvo inmediatamente la revocacion del destierro del santo, á quien escribió de mano propia instándole para que volviese, y disculpándose de que no habia tenido la menor parte en la odiosa conspiracion tramada contra él. Despues envió varios oficiales, uno tras otro, para que le trajesen cuanto antes: toda la ciudad estaba en la mayor agitacion, y murmuraba del emperador y de los enemigos del santo obispo: aun aquellos que fueran contrarios suyos, reconocian públicamente que habia sido calumniado. Habiendo tenido Severiano, de Gabala, la imprudencia de predicar contra él, aumentó la irritacion del pueblo, que marchó hácia palacio pidiendo á gritos la vuelta del patriarca. En cuanto se supo su regreso, salió un gentío á su encuentro y le recibió como en triunfo, acompañándole mas de treinta obispos que tuvieron á honra formar parte de la comitiva. No queria entrar en la ciudad ni tomar de nuevo su cargo sin ser antes rehabilitado por otro concilio mas numeroso; pero el pueblo no consintió sufrir esta dilacion: le condujo á la iglesia episcopal cantando cánticos, y le obligó á que, en el acto tomase posesion de su silla. Vivamente conmovido con estas pruebas de afecto, pronunció con este motivo un discurso, que excitó tantos y tan entusiastados aplausos que no podia concluir. Sucedió todo esto por los años 403 (1).

El conciliábulo de Chene intentó tambien deponer á Heraclides, de Efeso, á quien habia ordenado San Juan Crisóstomo despues de la muerte de Antonio; y ya empezaba á instruirse el proceso á pe-

(1) Teod. lib. V.—Sozom. lib. VIII.—Pallad. Vit. Chrys. c. 1. tom. 1. p. 11. no 1.

sar de su ausencia, cuando el pueblo de Constantinopla, irritado con este nuevo insulto hecho al santo patriarca, se sublevó contra los partidarios de Teófilo: en este tumulto fueron muertas ó heridas muchas personas. El miedo obligó á Severiano y á los otros enemigos de San Juan á tomar la fuga. Contra quien mas furioso estaba el pueblo era contra Teófilo, á quien llegaron á amenazar que le arrojarian al mar; y así tuvo que embarcarse de noche para Alejandria. Se habia reconciliado con Eusebio y Eutimio, los dos únicos hermanos grandes que vivian: Dióscoro y Ammonio habian fallecido algun tiempo antes. Hácia esta misma época murió tambien el presbítero San Isidoro, á los ochenta y cinco años de edad. Habian llamado al conciliábulo de Chene á Eusebio y Eutimio; y como les prometiesen olvidar lo pasado con tal que se prestasen á pedir perdon, estos buenos monges se sometieron sencillamente; y al punto los restablecieron en su comunion. No se trató mas de los escritos de Origenes que habian servido de pretexto para las maquinaciones de Teófilo, ni este dejó tampoco de leerlos aunque los habia condenado; y cuando se le manifestaba sorpresa por esta conducta, respondia: "Estos libros son como una pradera, en que cojo las flores sin detenerme en las espinas."

Al llegar Teófilo á Egipto, tocó casualmente en Geres, ciudad corta, cuyo obispo acalaba de morir. Habian puesto la mira los habitantes para reemplazarle, en Nilom, solitario que vivia en una celda á las inmediaciones de aquella; mas no queriendo éste admitir le visitó muchas veces Teófilo para persuadirle. Por fin, respondió: "Padre, mañana hareis de mí lo que gustéis: dejadme hoy que arregle mis negocios." Volvió Teófilo al dia siguiente y le dijo que abriese la puerta, á que contestó el monge: "Primera-mente oremos." Pásoos en oracion el obispo con su comitiva, y despues que pasó algun tiempo llamaron al solitario; mas éste no respondió. Entonces abrieron la puerta y le hallaron muerto; fué enterrado con gran pompa: sobre su sepulcro se edificó una iglesia, y todos los años se celebraba el aniversario con mucha solemnidad. La Iglesia hace su conmemoracion en el dia 6 de Enero.

Restablecido San Juan Crisóstomo en su silla, y mas estimado del pueblo que antes, continuaba el ejercicio de sus funciones episcopales, esperando la reunion de un concilio que solicitaba para justificar en él su inocencia. Pero no disfrutó mucho tiempo de esta tranquilidad. Dos meses despues de su regreso se erigió una estatua de la emperatriz en la plaza pública que habia entre el palacio del senado y la Iglesia de Santa Sófia. Se verificó la inauguracion con grandes regocijos, y el prefecto de la ciudad, que era maniqueo, dió con esta ocasion espectáculos, danzas y farsas licenciosas; cuyo estrépito perturbó el servicio divino. Habló San Juan Crisóstomo contra estos desórdenes con el celo y libertad que acostumbraba, vituperando á los que los cometian y á los que los habian dispuesto.

Despachada la emperatriz, determinó inmediatamente trabajar para deponerle, y formó á toda presa nueva conjuración contra él. Convidaron los conjurados á Teófilo, para que volviese; pero acordándose aún del modo con que había tenido que escaparse, se contentó con enviar á tres obispos instruidos por él y encargados de dirigir la intriga de concierto con Severiano, de Gabala, Antioco, de Tolemaida, Acacio, de Berea y Cirino, de Calcedonia. Fueron convocados otros muchos obispos de la Siria y del Asia menor, que formaron un conciliábulo en Constantinopla para juzgar al santo patriarca. Ya no se trató de las primeras acusaciones, de que ofrecía valerosamente justificarse, sino que se invocaron los cánones del concilio de Antioquia del año 341, que determinaban que si un obispo depuesto por un concilio continuaba ejerciendo sus funciones, ó volvía á ejercerlas antes de haber sido absuelto por otro, ó si apelaba al emperador de la sentencia dada contra él, no le quedasen esperanzas de ser rehabilitado, ni aun se le admitiese á presentar su defensa. Suponian que hallándose San Juan Crisóstomo en este caso, debía ser condenado sin nuevo examen. Respondieron cuarenta y dos obispos adictos al santo patriarca, y en su nombre, que jurídicamente no había sido depuesto, sino expulsado por intriga y violencia: que si había vuelto á tomar posesión de su silla, había sido por orden del emperador y forzado por el pueblo; que además, todos los obispos presentes entonces en Constantinopla habían aprobado su rehabilitación; y que por fin, los cánones alegados eran obra de los arrianos, y por consiguiente no tenían autoridad alguna. Algunos obispos del conciliábulo solicitaron una conferencia delante del emperador para discutir este último punto; y como divagaban mucho, se les puso en la precisión de firmar estos cánones, declarando que seguían la misma doctrina que los que los habían formado. Aprobó el emperador esta proposición, que los redujo á un apuro extraordinario. Al pronto ofrecieron suscribir; pero el temor de desacreditarse como arrianos se lo impidió. Así se pasaron algunos meses en discusiones. Entre tanto, no dejaba San Juan Crisóstomo de ejercer su ministerio, y el pueblo continuaba asistiendo en gran concurso á sus sermones. Pero sus enemigos, á fuerza de intriga y de no dejar al emperador de la mano, lograron que éste no comunicase con él, y que diese una ley en 29 de Enero del año 404 para prohibir con penas severas á los oficiales de palacio que concurriesen á las juntas de los fieles. Después, habiendo llegado la cuatrosma, consiguieron una audiencia secreta del emperador Arcadio, en la que hicieron saber á este príncipe débil y de cortos alcances, que el asunto estaba suficientemente ilustrado; que Juan era formalmente condenado por los cánones, y que era preciso expulsarle antes de la fiesta de Pascua. Se mandó, pues, al santo obispo que abandonase su Iglesia; pero contestó que solo á la fuerza cedía; entonces enviaron soldados para que le arrojasen de su silla;

pero le dejaron en la casa episcopal, á fin de poder, según dice Palladio, reponerle inmediatamente si la cólera del cielo volvía á manifestarse como la vez primera (1).

Los clérigos que le conservaron fidelidad, continuaban instruyendo al pueblo y celebrando los santos misterios; pero en la víspera de Pascua se determinó echarlos también á ellos de la iglesia. En vano se dirigieron al emperador y á la emperatriz los obispos, unidos en comunión con el santo patriarca, y arrastrados los ojos en lágrimas pidieron que no profanasen tan santos días con odiosas violencias. Arcadio titubeó un momento; pero se dejó vencer de los consejos de Acacio y de Antioco, que triunfaron de sus temores diciéndole atrevidamente: "Señor, sobre nuestras cabezas tomamos la deposición de Juan." Entonces se dispuso invadir la iglesia episcopal, en la que cometieron los soldados las más horribles profanaciones: arrojáronse en medio de los fieles con espada en mano, y penetrando hasta el lugar en que se administraba el bautismo, ahuyentaron á los catecúmenos, maltrataron á los sacerdotes y diáconos, hirieron á muchos, derramaron el santo crisma y profanaron los santos misterios. En seguida como los sacerdotes habían reunido á los catecúmenos y fieles en los baños de Constantino, Acacio y sus cómplices pidieron que se disolviese á la fuerza aquella reunión. El gefe del establecimiento les hizo presente las consecuencias que podría tener semejante tropelia ejecutada por la noche contra tanta multitud de gentes, pero ellos respondieron: "Las iglesias están desiertas, y es de temer que si viene el emperador y no encuentra á nadie, le choque la devoción del pueblo hacia Juan, y nos mire como impostores y envidiosos por haberle dicho que el pueblo sufría á la fuerza á este hombre insociable." En consecuencia, lograron que pasase un oficial con alguna tropa al sitio designado, y que blandamente exhortase á los fieles á trasladarse á las iglesias; y habiendo ganado después á este oficial con dinero y promesas, le determinaron á expulsar á la multitud á la fuerza. Al día siguiente continuaron las tropelías en campo raso, donde los fieles se habían reunido, agregándoseles cerca de tres mil recién bautizados, vestidos de blanco según la costumbre. Habiendo salido de la ciudad el emperador y avistádoslos, le hicieron creer que era una junta de herejes, y envió al instante un destacamento de sus guardias para que los dispersasen y prendiesen á los que los instrúan. Fueron presos varios clérigos y cierto número de seglares. Algunas mugeres distinguidas tuvieron que sufrir la brutalidad de los soldados, que les arrancaban los velos, los pendientes y enantos adornos preciosos llevaban. Las cárceles estaban llenas de presos, todos adictos al santo patriarca, y se publicaron edictos terribles contra los que comunicaran con él. Muchos magistrados fueron desterrados

(1) Pallad. *Vit. Chrysost.*—Soer. lib. VI.—Sozom. VIII. (1)

de la ciudad ó apisionados; pero todos los esfuerzos de sus enemigos solo servian para aumentar el afecto que el pueblo le profesaba. No pudiendo ya renunciar los fieles en las iglesias, se juntaban en diferentes sitios, despreciando igualmente las violencias é injurias de la facción cismática, que para hacerlos odiosos los llamaba juanistas.

Tambien se vió amenazada la vida del santo Patriarca. Prímeramente se sorprendió con el puñal en la mano para matarle, á un hombre que intentó ocultar su crimen fingiéndose energúmeno. Atrastóle el pueblo al tribunal del prefecto, acusándole de haber recibido dinero para ejecutar este atentado; pero San Juan Crisóstomo envió unos obispos para evitar que se le hiciese ningun daño. Poco tiempo despues, un criado del presbítero Elpidio, enemigo declarado del patriarca, recibió cincuenta monedas de oro para asesinarle, y marchó armado de tres puñales á la casa episcopal, donde hirió hasta siete personas que sucesivamente procuraron detenerle: cuatro de ellas murieron en el acto. Al fin se pudo sujetar á aquel furioso; pero el prefecto le dejó sin castigo. Desde entonces el pueblo hizo la guardia de día y de noche delante de la casa episcopal (1).

Pocos dias despues de la pascua de Pentecostes, Severiano, Acacio y otros enemigos de San Juan Crisóstomo, solicitaron y consiguieron al cabo del emperador, que le desterrase de Constantinopla. Notificó un notario al santo la óden, y luego supo éste que querian expulsarle con tropa. Como la ciudad estaba agitadaisima y el pueblo se hallaba dispuesto á defender á su prelado; éste trató de evitar una lucha que ocasionaria tal vez la efusion de sangre. Así despues de haber orado un rato con los obispos fieles á su partido, se despidió de ellos, dió consuelos y consejos á su clero y á las vírgenes y viudas que servian en la iglesia de diaconisas, y en tanto que el pueblo le esperaba en el atrio de la iglesia al Occidente, donde tenia un caballo preparado, salió secretamente por el lado de Oriente, se entregó á los soldados, y se embarcó sin demora para pasar á Bitinia. Su madre, que vivia aún, le habia exhortado tambien á que se retirase antes que hacer nada que fuese indigno de un obispo. Partió de Constantinopla el 20 de Junio del año 404, y siete dias despues eligieron en su lugar los cismáticos, al presbítero Arsacio, que tenia ochenta años, y era hermano del patriarca Nectario y uno de los mayores enemigos de San Juan Crisóstomo.

En el momento en que salia de la ciudad el santo obispo, se prendió fuego al púlpito en que solia predicar al pueblo, y comunicándose inmediatamente al techo, consumió toda la iglesia y edificios adyacentes, excepto una sacristia pequeña, en que se conservaban los vasos sagrados. Impelidas las llamas por el viento, alcanzaron

(1) Sozom. lib. VIII.—Pallad. *Vit. Chrysost.*

al palacio del senado, contiguo al del emperador, y tambien le devoraron. No se pudo descubrir el autor de este incendio, que los fieles miraron como efecto del castigo del cielo. Los cismáticos se le achacaron á los católicos, y hallaron un pretexto para ejercer contra ellos una violenta persecucion. Gran número de clérigos fueron presos, y varios sufrieron horrosos tormentos. Un lector llamado Entropio, fué tan cruelmente atormentado, que murió en el potro: fué azotado con correos y varas, le desgarraron los costados, las mejillas y la frente con garfios, y luego le quemaron las carnes con teas ardiendo; pero no le pudieron arrancar ninguna confesion. Tambien al presbítero Tigrío le azotaron con varas y le estriraron los piés y las manos con tal violencia, que le dislocaron los huesos: despues le destorron á la Mesopotamia. La Iglesia honra la memoria de estos dos mártires.

En esta persecucion fueron envueltas muchas ilustres mugeres, entre otras, Santa Olimpiada, viuda de un prefecto de la ciudad; Pentadia, viuda del cónsul Timasio, ambas diaconisas; Santa Nicaretas, vírgen, descendiente de una familia distinguida de Nicomedia, y algunas otras, cuya adhesión á San Juan Crisóstomo se sospechaba. Santa Olimpiada quedó viuda á la edad de diez y siete años y á los veinte meses de matrimonio. Su talento, su hermosura y sus inmensas riquezas, eran sobrados títulos para que aspirasen á obtener su mano los primeros señores de la corte: hasta el emperador Teodosio hizo las mayores instancias para que se casase con un pariente suyo, mas ella respondió: "Si Dios hubiera querido que yo viviese casada, no se habría llevado á mi primer esposo: sin duda no me ha considerado propia para este vínculo, cuando me ha dejado otra vez libre." A las prácticas de la mas austera penitencia, juntaba una profunda humildad y una caridad sin limites: vestia pobremente, y solo se alimentaba de frutas y legumbres. Ayunaba, velaba y oraba casi sin cesar. Con sus donativos contribuía á construir ó adornar iglesias en los pueblos y campos, les proporcionaba ornamentos y vasos sagrados, distribuía cuantiosissimas sumas entre los monasterios, hospitales y presos, y repartia sus limosnas hasta entre los perros: rescató millares de esclavos; asistía á los ancianos, á los huérfanos, á las viudas y á las doncellas: consolaba á los afligidos, y en una palabra, se dedicaba á practicar todo género de buenas obras. Elevada á la clase de diaconisa por el patriarca Nectario, se unió en íntima amistad con San Gregorio Niseno, San Anfiloco, San Epifanio y otros muchos grandes obispos; pero sobre todo manifestó un particular afecto á San Juan Crisóstomo, á quien quiso relevar del cuidado de su manutencion, porque él abandonaba las rentas de su Iglesia á los pobres, y recibia de la santa el alimento diario para atender únicamente á su ministerio. Tal era esta ilustre viuda, á quien los cismáticos no se avergonzaron de imputar el incendio de la iglesia. Ha-

biéndola citado por esta causa el prefecto de Constantinopla ante su tribunal, contestó Olimpiada con noble firmeza, que su vida pasada y las riquezas que había empleado en edificar iglesias, debían haberla preservado de semejante calumnia. En vista de esta respuesta, el prefecto le intimó que comunicase con el obispo intruso; pero á pesar de todas sus amenazas, se resistió la santa; y á pocas dias fué condenada á pagar una multa considerable, y luego expulsada de Constantinopla (1).

El mismo San Juan Crisóstomo fué acusado del incendio de su iglesia, y le tuvieron preso algun tiempo en Bitinia por esta infame imputacion. Con el mismo pretexto fueron conducidos á Constantinopla y encarcelados dos obispos que le acompañaban. Pero como las mas minuciosas pesquisas no suministraron el mas leve indicio contra los católicos, hubo que desistir de unos procedimientos que solo descubrian el ódio de los que los entablaban. Entonces se recurrió á otros medios para mortificar á los fieles afectos á San Juan Crisóstomo. En una ley publicada el 29 de Agosto del año 404, se disponia que mediante á no haberse hallado los autores del incendio, se pusiese en libertad á los clérigos para embarcarlos y enviarlos á sus casas, y al propio tiempo se decretaba la confiscacion de las casas donde se hubieran refugiado obispos ó clérigos forasteros, y de aquellas en que los eclesiásticos de la ciudad hubieran tenido juntas particulares. Por otra ley de 11 de Setiembre siguiente, se mandó que los amos estuviesen obligados á impedir que sus esclavos asistiesen á ninguna de aquellas juntas, so pena de una multa de tres libras de oro por cada esclavo; y que los gremios de artesanos asistiesen tambien de sus individuos, so pena de cincuenta libras de oro. Pero los católicos no dejaron por eso de reunirse con separacion de los cismáticos, y algunos mas expuestos á la persecucion, se desterraron voluntariamente antes que comunicar con el obispo intruso.

San Juan Crisóstomo, despues de pasar unos quince dias en Nicea, salió de esta ciudad el 4 de Julio con direccion á Cucuso, ciudad pequeña de Armenia, señalada por el emperador para su destierro. Los soldados que lo escoltaron, manifestaban el mayor respeto y tenían á hora servirle de criados. Los pueblos salian en tropas á su encuentro, y se deshacian en lágrimas celebrando sus virtudes y maldiciendo á sus enemigos. Cuando emprendió el viaje, gozaba de buena salud; pero como le hacian caminar casi todo el dia y la noche, y eran excesivos los calores, le acometió una fiebre violenta, y al llegar á Cesarea de Capadocia, ya le faltaban las fuerzas. Permittede los guardias que hiciese allí algun descanso, y los fieles á porfia le proporcionaron todos los consuelos de que habia menester. El clero, el pueblo y los magistrados, le daban las

(1) Pallad.—Sozom.—VIII.—Chrysostr.—Epist. VII ad Olymp.

muestras mas tiernas de afecto y respeto. Los mas distinguidos ciudadanos le visitaban diariamente. El obispo Faretrio que habia suscrito la condenacion del santo patriarca, y que al principio aparentó algunas disposiciones benévolas, concibió al fin tal envidia, que no pudo dominarse. Sublevó á una multitud de monges que rodearon la posada de San Juan Crisóstomo, amenazado quemarla si no salia. En vano fueron las representaciones del gobernador á Faretrio y á los monges: estos siguieron con sus amenazas, y se mostraron tan furiosos, que se amedrentaron los guardias del santo patriarca y le suplicaron que marchase, á pesar del peligro inminente de caer en manos de los isaurios que recorrían el territorio de Cesarea, y acababan de quemar un gran pueblo en las inmediaciones. Montó el santo en una litera al medio dia, aunque atormentado de fiebre, en presencia del pueblo reunido, que gemia murmurando de la crueldad de su obispo. Selencia, viuda del famoso Rufino, tenia una casa de campo con un castillo fuerte, á cinco millas de Cesarea, y la ofreció á San Juan Crisóstomo, que se vió obligado á detenerse en ella. Pero ni aun allí pudo sufrirle Faretrio. Hizole salir precipitadamente en una noche oscura, y como por temor de los bárbaros se habian apagado los hachones, y el camino era escabroso, cayó un mulo de los que llevaban la litera y ésta volcó; de modo que el santo obispo tuvo que andar un trecho á pié, ó mejor, ir arrastrando como pudo, apoyado en el brazo de un capellan. Por fin llegó á Cucuso á mediados de Setiembre, al cabo de setenta dias de camino, de los que habia pasado treinta con una fuerte calentura. El obispo, el clero y el pueblo le recibieron con todas las muestras de la veneracion debida á sus virtudes. Le hospedó en su casa Dióscoro, hombre de cuenta, y le aprestó un aposento con todas las comodidades posibles, para preservar del frio que temia mucho; otras muchas personas iban continuamente á ofrecerle auxilios; de manera que aquel desierto le fué agradable por la tranquilidad y alivio que halló en él, y escribió á Santa Olimpiada y á otros amigos que suspendiesen toda gestion para trasladarle á otro lugar, á no ser que tuviesen esperanza de acercarle mas á Constantinopla (1).

Antes de ausentarse de esta, habia interpuesto San Juan Crisóstomo apelacion de la injusta sentencia de su deposicion ante la silla romana. Queriendo Teófilo de Alejandria prevenir al Papa, se apresuró á escribirle una carta, en que sin entrar en pormenores, le participaba que Juan de Constantinopla acababa de ser depuesto. Divulgada en Roma esta noticia, un diácono enviado por San Juan Crisóstomo para asuntos eclesiásticos, presentó un memorial al Papa, suplicando á S. Santidad que suspendiese el juicio hasta tener mas ámplios informes. A los tres dias llegaron cuatro obispos que

(1) Chrysostr.—Epist. XIII ad Olymp.

traían la carta de San Juan Crisóstomo, otra de los cuarenta obispos que estaban en comunión con él, y otra del clero de Constantinopla. Todas tres estaban conformes y contenían una relación circunstanciada de cuanto había pasado. Después de contar el patriarca en la suya toda la serie del suceso, suplicaba al Papa que declarase nula la sentencia pronunciada contra él por sus enemigos con menosprecio de sus recusaciones y de los cánones, ofreciendo además justificarse en un concilio convocado regularmente. Recibidos todos estos antecedentes, escribió el Papa á San Juan Crisóstomo y á Teófilo letras apostólicas en que declaraba que conservaba igualmente en su comunión al uno y al otro; y anulando la llamada sentencia de deposición, decidió que era menester renir un concilio compuesto de orientales y occidentales, donde se viese la causa de nuevo y se juzgase sin pasión. Teófilo envió á poco tiempo las actas del concilio de Cheno á Roma; mas el Papa le respondió que su lectura no le hacía mudar de resolución, y que no hallando unos procedimientos regulares y canónicos contra San Juan Crisóstomo, no le era posible consentir su separación, hasta que se hubiese examinado en otro concilio la causa, y fallado según los cánones de Nicea. No tardó en informarse el Papa por nuevos mensajes de todas las violencias que Teófilo y su partido habían cometido. Un sacerdote de Constantinopla trajo una carta de veinticinco obispos, anunciando que San Juan Crisóstomo había sido echado de su Iglesia, y desterrado á los confines del imperio. Otros quince obispos, y en particular Anisio, metropolitano de Tesalónica y legado de la Santa Sede, denunciaron en varias cartas las mismas violencias. Llegaron despues á Roma Palladio, obispo de Helenópolis y muchos prelados, arrojados de sus sillas en virtud de una ley dada en 18 de Noviembre del año 404, que pronunciaba la pena de deposición y confiscación de bienes contra los que rehusasen comunicar con Teófilo, Arsacio y Porfirio. Este último era un sacerdote muy desacreditado, que la facción cismática había elevado á la silla de Antioquia sin el consentimiento del pueblo, ni del clero, en lugar de Flaviano que había muerto poco antes. Gran número de vírgenes y solitarios acudían tambien diariamente á Roma á buscar un refugio contra la persecución, y muchos llevaban aun señales de los tormentos que habían sufrido, ó de los golpes que habían recibido. Escribió el Papa cartas consolatorias á San Juan Crisóstomo y al clero fiel de Constantinopla; y luego, invocando la mediación del emperador Honorio, le dió noticia de todos los documentos que había recibido respecto de este negocio. El emperador mandó juntar un concilio para deliberar sobre las medidas que debían tomarse, y de acuerdo con los obispos escribió á su hermano Arcadio una carta, en que observaba que habiéndole ya rogado dos veces inútilmente que reparase lo que se había ejecutado por intriga contra Juan, obispo de Constantinopla, ahora pedía que los obispos

orientales se reuniesen en concilio en Tesalónica con los diputados de Occidente, y que se hiciera comparecer á Teófilo, de Alejandría, á fin de que sometida la causa á un examen imparcial, se pudiera juzgar contradictoriamente con asistencia de las partes. Acompañaban á la carta de Honorio las del Papa Inocencio, de Venecio, obispo de Milán, de Crumacio, de Aquileya, y de los otros obispos occidentales; y se enviaron por conducto de cinco obispos, dos sacerdotes y un diácono, que debían concurrir al concilio de Tesalónica en nombre de los occidentales. Tambien recibieron estos diputados instrucciones, en que se prevenía que antes de comparecer en juicio, debía ser previamente repuesto en su silla San Juan Crisóstomo, conforme á la decision del sumo Pontífice, que había anulado la sentencia dada contra él. (1)

Los orientales que habían llevado á Roma sus quejas, se volvieron con esta embajada, de que esperaban un éxito favorable; pero quedaron grandemente defraudados en sus esperanzas. Debían los diputados pasar primero á Tesalónica para tratar con el obispo, y estaban ya cerca de la ciudad de Atenas, cuando fueron detenidos por un tribuno militar, que los embarcó en dos naves, y los condujo á las puertas de Constantinopla. Allí fueron de nuevo arrestados y sin saber por qué órden, se los hizo retroceder, y despues se los encerró en una fortaleza marítima de la Tracia. Pusieron á los occidentales en una habitación, y á los orientales en otras varias, sin dejarles siquiera un criado que les sirviese. Luego se pidieron á los diputados las cartas que llevaban; pero ellos respondieron que debían entregarlas al mismo emperador; por último, un tribuno se las quitó á la fuerza. Al dia siguiente se les ofreció dinero para inducidos á que comunicasen con Atico, que acababa de suceder á Arsacio en la silla de Constantinopla; pero viéndolos firmes, los embarcaron para reconducirlos á Italia.

No pudieron saber dónde estaba San Juan Crisóstomo, y hasta ignoraban el paradero de los obispos de Oriente que habían salido con ellos. Al pronto corrió la voz de que los habían echado al mar; pero luego se supo que habían sido desterrados á los confines del imperio, uno á la frontera de Persia, otro á la Arabia, otro á los desiertos del Egipto, y el cuarto junto á Etiopia. Los soldados pretorianos que los conducían, los despojaron de cuanto tenían y los trataron cruelmente. Los obligaban á caminar á marchas forzadas; no los dejaban acercarse á las iglesias, ni les permitían entrar en casa de los cristianos que deseaban comunicar con ellos, y los alojaban en las sinagogas ó en las posadas, que estaban llenas de mugeres públicas. Los obispos del partido de Teófilo, servían de instigadores para estos malos tratamientos, sobornando ó amenazando á los soldados. Ultimamente, cuando los deportados llega-

(1) Pallad. Vit. Crisostom.—Sozom. lib. VIII.

1804 A. 11. 11. 9 (1)

1804 A. 11. 11. 9 (2)

ron á sus destinos, se los puso bajo la custodia de los esclavos públicos (1). Una multitud de personas padecieron persecucion de los cismáticos. Muerto Arsacio á fines del año 405, se nombró para sucederle á principios del siguiente, al presbítero Atico, uno de los acusadores de San Juan Crisóstomo. Como vió que ni el pueblo de Constantinopla ni la mayor parte de los obispos de Oriente querían comunicarse con él, obtuvo ordenes imperiales para forzarlos. El edicto contra los obispos prevenia que los que se negasen á comunicarse con Teófilo, Porfirio y Atico, fueran arrojados de sus sillas y despojados de sus bienes. En cuanto á los legos, si estaban constituidos en dignidad, se decretaba la pérdida de sus títulos y empleos; si eran oficiales y militares, la degradacion; y en fin, contra el resto del pueblo, el destierro y gruesas multas. Estas amenazas ocasionaron algunas deserciones; pero gran parte del pueblo de Constantinopla continuó viniendo de las asambleas de los cismáticos, y sucedió lo mismo en Antioquia, en Egipto y en todos los parages donde dominaban los enemigos de San Juan Crisóstomo.

Serafion, uno de sus mas fieles discípulos, consagrado obispo de Heracléa por él, estuvo oculto mucho tiempo en un monasterio; y habiéndole llevado despues ante los jueces, fué azotado con varas, atormentado de diversas maneras, hasta arrancarle los dientes, y por último, desterrado á su pais que era el Egipto. Un santo anciano llamado Hilario, que hacia diez y ocho años vivia en talusteridad que ni aun pan comia, fué confinado á las extremidades del Ponto, despues de haber sido cruelmente azotado, no por órden del juez, sino por el clero cismático. Habiendo sabido Brison, heremita de Palladio, que éste habia sido desterrado á los confines de la Etiopia, creyó debia librarse de la persecucion, abandonando su Iglesia para vivir oculto en una corta hacienda que cultivaba con sus manos. Elpidio, obispo de Laodicea, permaneció encerrado mas de tres años en un aposento, de donde no salia jamas, ocupado siempre en orar. Heraclides, obispo de Efeso, estuvo mas de cuatro años preso en Nicomedia. Otros obispos se retiraron á sitios desconocidos, ejerciendo los mas viles oficios para no ser descubiertos. Gran número de clérigos ó solitarios fueron relegados á parages inciertos en las extremidades del imperio. Varios fueron atormentados; desgarrándoles el cuerpo con varas ó con garfos; otros se ocultaron ó voluntariamente emigraron. Simples seglares, y aun soldados, tuvieron que sufrir semejantes tratamientos. Habiendo sido denunciado como amigo de San Juan Crisóstomo un soldado de las guardias imperiales, fué azotado desapiadadamente, rasgándole las carnes, y luego desterrado á Pétra en la Arabia (2).

(1) Pallad. Vit. Chrysostr. (2) Pallad. Ibid.

Sin embargo, parece que la cólera del cielo vengó al santo patriarca, segun los accidentes que sobrevinieron á sus perseguidores y que se consideraron como castigos divinos. La emperatriz Eudoxia murió de parto en el año 404, dando á luz antes de tiempo un niño muerto. Cirino, obispo de Calcedonia, murió de resultas de una herida muy ligera en un pie, despues de varias amputaciones que exigió la gangrena, imposible de atajarse. Otros muchos fallecieron de muertes repentinas, ó fueron acometidos de enfermedades espantosas. Uno cayó de una escalera y se quedó en el sitio. Otro, arrojado del caballo, se rompió una pierna y murió casi al instante. Otro perdió de repente la vida, y al instante despidió un olor insoportable. A otro, una fiebre lenta, acompañada de horribles cólicos, le abrasó las entrañas. A otro, se le hinchó el bajo vientre, y las partes inmediatas fueron comidas de gusanos con una horrible infeccion. Otros perdieron la palabra ó se ahogaron hinchándoseles la lengua, ó fueron acometidos de gota en los dedos con que habian suscrito la injusta condenacion. Ultimamente, muchos tuvieron accesos de frenesí, y daban gritos espantosos creyéndose perseguidos de las fieras ó de tropas de bandidos.

San Nilo, que habia sido antes prefecto de Constantinopla, y que habia dejado el mundo para abrazar la vida monástica, escribió al emperador Arcadio dos cartas, en que haciéndole advertencias con generosa firmeza, no temió representarle los azotes del cielo como castigos de la persecucion ejercida contra San Juan Crisóstomo. "No teneis disculpa, le decia, para haber desterrado al ilustre obispo Juan, lumbrera del mundo: habeis creído con demasiada ligereza á algunos prelados animados contra él de furiosa rabia. Arrepentios, pues, de haber privado á la Iglesia de las admirables instrucciones de este santo pastor. ¿Cómo quereis ver á Constantinopla libre de los terremotos, de las tempestades y otros azotes, mientras se cometen tantos crímenes y reina el vicio con impunidad? ¿Cómo podreis esperar aplacar al cielo despues de haber expulsado al mas digno intérprete de la palabra divina? Y ¿podré yo conceder mis oraciones á una ciudad conmovida por la cólera divina, yo que estoy oprimido de tristeza, y que siento mi corazon despedazado al pensar en las persecuciones y violencias que se cometen sin cesar en ella?" Si el ilustre solitario tenia tan noble atrevimiento, era porque se le infundian su gran reputacion y sus eminentes virtudes. Era natural de Constantinopla, de una casa distinguida y considerada por sus inmensas riquezas. Habiendo tenido dos hijos en su matrimonio, se apartó de su muger que consintió á duras penas; no sin repugnancia le dejó el hijo mas pequeño y se llevó al mayor á la soledad. Se retiró al desierto del monte Sinai, celebre ya habia mucho tiempo por la multitud y santidad de los monges que le habitaban. Vivian en cuevas ó en celdas que edificaban por sus propias manos, de trecho en trecho; mas el domingo se juntaban

en otras la deget, elolo de amio al sup deun cesadno nio.
para recibir la comunión ó instruir en piadosas conferencias. La mayor parte de ellos no comían pan, sino solamente yerbas crudas ó frutas silvestres en corta cantidad, y aun algunos no tomaban alimento mas que una vez á la semana.

El destierro de San Juan Crisóstomo contribuyó tambien á aumentar la veneracion que sus virtudes inspiraban. Una multitud de personas iban de todas partes á visitarle, principalmente de Antioquia, de la Siria y de la Cilicia. Seguía correspondencia con otras muchas que se apresuraban á enviarle dinero ó cartas consolatorias. Todos sus amigos, y particularmente Santa Olimpiada, le proveían de socorros tan abundantes, que á veces se creía obligado á rehusarlos, como aparece de una carta de una señora llamada Carteria, y de otra dirigida á un sugeto distinguido llamado Diógenes. Les da las gracias por sus generosas liberalidades, protestando que no las necesita y que se aprovechará de ellas cuando llegue el caso. Sin embargo, despues de escribir esta última carta, le hicieron tales instancias, que no pudo menos de aceptar la suma que se le ofrecia; pero la empleó en socorrer á las Iglesias de Fenicia, donde á la sazón trabajaban algunos misioneros con celo en la conversion de los idólatras. Rescató tambien muchos cautivos de manos de los isaurios, y repartió considerables limosnas para aliviar á los pobres ó á los desgraciados arruinados por la irrupcion de estos bárbaros; de manera que se atrajo el cariño de todo el mundo en la Armenia y pueblos inmediatos. No le permitía descanso alguno la actividad de su celo. Se dedicaba á instruir á su pueblo: consolaba y animaba con sus cartas á los que padecian por defenderle; cuidaba de las iglesias nuevamente fundadas, y animaba á los obreros erangélicos con sus exhortaciones y con los socorros que les enviaba. Sobre todo, continuaba proveyendo á las necesidades de su rebaño con una tierna solicitud. Habiendo llegado á su noticia que dos sacerdotes que habia dejado en Constantinopla, no manifestaban el mayor celo; que rara vez hacían pláticas instructivas, y que no asistían con frecuencia á las juntas eclesiásticas, tuvo una profunda afliccion, y les dirigió una pastoral en que la severidad de las reprobaciones se mitigaba con los testimonios del mas sincero afecto. "Si es una calumnia, les dice, justífielos: si es verdad, correglos. Pensad en la terrible cuenta que teneis que dar en el juicio final por semejante descuido. No os detengais en participarme vuestras buenas obras, porque no hareis mas que cumplir mis órdenes."

En el tiempo de su destierro escribió el santo patriarca, para su consuelo y el de los prójimos, un tratado sobre esta máxima: "Nadie pueda hacernos daño sino nosotros mismos;" demostrando con palabras y ejemplos sacados de la Sagrada Escritura, que las persecuciones y los tormentos, lejos de dañar á los que los sufren por la justicia, sirven al contrario para aumentar su gloria y su felicidad, y que solo el pecado hace desgraciado al hombre. Explanó

las mismas ideas en otro tratado, que escribió contra los que se escandalizaban de la persecucion que entonces se ejercia contra los católicos. Todas las cartas suyas que nos quedan, fueron escritas durante su destierro.

Las diez y siete que escribió á Santa Olimpiada, son las mas notables y mas largas. En ellas expone con admirable elocuencia los oportunos medios para consolarse en la extrema afliccion en que estaba sumergida. La anima con la consideracion de las buenas obras que practicaba hacia mucho tiempo, y le da remedios contra el abatimiento y el desaliento, que pinta como una de las tentaciones mas peligrosas. La felicita por todo lo que ha sufrido con motivo del incendio de la iglesia de Constantinopla; y en otra carta habla de los que habian muerto en la cárcel ó en medio de los tormentos. Otras contienen noticias circunstanciadas acerca de su viage y estado desde su llegada al lugar del destierro. Ultimamente, en ellas se observa el gran celo con que atendia á los intereses de la religion. "Prestad, le decia, todos los servicios que podais al obispo Marutas, porque me es muy necesario para los asuntos religiosos de Persia, y desearia con ansia verlo para saber circunstanciadamente de su boca lo que ha hecho y lo que piensa hacer aún. Procurad averiguarlo para informarme, y decidme á lo menos si ha recibido mis dos cartas. Nuevamente le escribiré si quiere contestarme, y en otro caso pedidle que os comunique algunas noticias sobre los buenos resultados que ha alcanzado en aquel pais, y os diga si cree que puede trabajar aún útilmente."

Marutas habia ido en calidad de embajador cerca del rey de Persia Isdegerdis, y por su eminente talento y virtudes se habia conciliado el favor de aquel principe infiel, hasta el punto de excitar los celos de los magos y hacerles temer la conversion del rey. Así dieron trazas de esconder á un hombre debajo del altar en que ardia el fuego perpetuo, y cuando Isdegerdis fué á orar, exclamó una voz subterránea que era necesario echarle de allí como á un impio que favorecia al sacerdote de los cristianos. Marutas aconsejó al rey que mandase hacer un agujero en el sitio de donde habia salido la voz; y descubierta el fraude, mandó diezmar los magos y permitió al obispo edificar iglesias donde quisiese. Grandes progresos hizo entonces el cristianismo en Persia. Cuando volvió Marutas á Constantinopla, se dejó seducir y concurrió al concilio de Chene; pero San Juan Crisóstomo lo olvidó, atento solo á los intereses de la fé, y deseaba de todo corazon concertar con este obispo los medios de propagar el cristianismo en Persia. No se ve que descendiese Marutas á este deseo; pero volvió de nuevo á su embajada, y tomó tal ascendiente sobre el rey de Persia, que despues de hacer éste un tratado de alianza con los romanos, se manifestó mucho mas favorable que antes al cristianismo. No faltó mucho para que le abrazase con motivo de la curacion del principe su hijo, obtenida por

(1) Ebor. lib. VII - Christian. Mart. X. 17. in Opus.